

## LA MUJER COMO ATALAYA EN LA RED CASTRAL ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE<sup>1</sup>

---

MARÍA J. LATORRE RODRÍGUEZ  
Universidad de Granada

Estamos acostumbrados a entender los castillos y las atalayas como espacios físicos destinados a actividades defensivas y ofensivas, así como residencias de la alta nobleza y de pequeños burgueses. Efectivamente, así fue durante la Baja Edad Media francesa y en aquellos lugares que los cruzados ocuparon en Oriente, cuyos paisajes fueron transformados por tales fortificaciones, situadas en lugares relativamente altos, bordeados, a veces, por fosos, murallas y otros peligros que alertaban a sus vigías.

Tales fortalezas delimitaron, pues, fronteras de muy diversa índole en las zonas arriba citadas: entre la ortodoxia y la heterodoxia religiosas, entre el Islam y el Cristianismo, el contrabando, la estafa a peregrinos, el arreglo de matrimonios como estrategia política, etc. También es cierto que varias de ellas tuvieron una función más alegórica que real; la mujer tuvo en ellas un papel relevante, en un mundo dominado fundamentalmente por hombres, en el que tuvieron que hacer valer sus derechos, unas

---

<sup>1</sup> Ediciones utilizadas: JOINVILLE (J): *Le livre des saintes paroles et des bonnes actions de saint Louis*, edit. por L. CORBETT: «Saint Louis. Le temoigne de Jehan, seigneur de Joinville», *Les chroniqueurs français du Moyen Âge*, Näämann, Québec, 1977. La obra fue traducida al castellano por J. LEDEL (L): *Crónica y vida del rey Sant Louis de Francia, nieto del rey don Alonso [octavo] de Castilla, traduzida de lengua francesa en castellana, y dirigida a la magestad de la reina doña Isabel nuestra señora, segunda deste nombre*, Francisco Guzmán, Toledo, 1567. Esta versión ha sido editada con estudio y notas por María J. Latorre Rodríguez: *Crónica y vida del rey Sant Luis de Francia. Traducción por Jacques Ledel*, col. Romania, ediciones Adhara, Las Gabias (Granada), 1996.

veces con fuerza, otras mediante la astucia o habilidad y, casi siempre, mostrando su valentía en un ambiente bastante hostil para ellas. En este sentido, quiero resaltar las figuras de dos grandes reinas: Blanca de Castilla y Margarita de Provenza, que actuaron y se constituyeron como verdaderas atalayas vivientes para su época, en el sentido figurado del término, mujeres enérgicas y valerosas que supieron ser centinelas, avisar del peligro, atisbar, procurar inquirir y averiguar lo que sucedía en sus entornos respectivos, analizando pormenorizadamente los argumentos o verdades que se les presentaban, dentro de una amplia y complicada red castral que su tiempo registró y condicionó sus actuaciones.

En el caso de Blanca de Castilla, defendiendo los derechos de su hijo, el futuro rey Luis IX, en su minoría de edad, cuando buena parte de la nobleza francesa la consideró una mujer extranjera, que luchó para hacer frente a los herejes albigenses.

Respecto a Margarita de Provenza, cruzó la frontera mediterránea con su marido por motivos expansionistas en Oriente, escenario de la séptima cruzada; procedió como un verdadero jefe de estado cuando aquél fue capturado por los egipcios.

Suegra y nuera, sin embargo, no lograron entenderse en diversos aspectos; ambas tenían un carácter muy fuerte y las separaban grandes intereses políticos y personales, pero imprimieron un sello muy particular en todo lo que realizaron.

La madre de san Luis, reina dotada de gran habilidad política, sorteó situaciones difíciles a lo largo de su vida, especialmente desde que fue llevada a Francia, con 12 años de edad (1200), como una valiosa pieza que encajaba en el estratégico mundo político de su época. Nieta Leonor de Aquitania —que atravesó los Pirineos para concertar su enlace con Luis VIII— y Enrique II Plantagenet, heredó de ellos su autoridad; de su tierra natal recibió un concepto religioso y casi místico de la realeza<sup>2</sup>. Criada en tierras de castillos, las fortificaciones propias del feudalismo francés no le serían ajenas: París, Vincennes, Poissy, Pontoise, Montlhery, etc., fueron escenarios y testigos de hechos históricos y familiares, que la conformaron como un auténtico castillo inexpugnable, en la encrucijada de varios y peligrosos caminos fronterizos.

Realmente, a partir de la muerte de su consorte se fortaleció, pues le prometió, por testamento, que cuidaría de su reino y de sus hijos hasta la mayoría de edad de Luis IX. Esta decisión, atrevida y segura, fue un revulsivo contra la nobleza, pues ac-

---

<sup>2</sup> MADAULE, J.: *Saint Louis de France*, Éditions Franciscaines, Paris, 1943, págs. 6-11, 27-28. WADE LABARGE, M.: *La mujer en la Edad Media*, trad. N. de Terán, Nerea, Madrid, 1988, págs. 21 y 79. A la hora de elegirla como esposa del futuro rey de Francia, a los mensajeros les gustó su nombre porque ofrecía buena consonancia, frente al de su hermana Urraca. (CORNIDE DE SAAVEDRA, J.: *Crónica de San Luis, rey de Francia, nieto del rey D. Alonso el VIII de Castilla, compuesta en francés por el señor de Joinville, traducida al castellano y dirigida a la magestad de la reina doña Isabel, muger del señor D. Felipe II*, Imprenta de Sancha, Madrid, MDCCXCIV. n.º 2, págs. 250-252).

tuaría en detrimento de los príncipes de sangre, pasando a ser defendidas las tradiciones capetianas, en momentos tan críticos, por una mujer<sup>3</sup>. No dudaron de ella su esposo y su suegro al encomendarle la tarea de gobierno, continuó la política expansionista de éstos y consolidó una serie de pilares básicos de la realeza francesa<sup>4</sup>.

Para ello creyó conveniente residir en París –capital fija del reino, elegida por Felipe Augusto–; el castillo se convirtió así en la morada oficial de los reyes, punto importante de referencia, en el corazón de un sistema de recintos concéntricos, donde la corte, propiamente dicha, se ubicaría dentro de la ciudad residencial típica de los siglos XIII y XIV, por lo que más bien se hablará de castillos urbanos o palacios-castillos<sup>5</sup>.

Esta imperiosa mujer, que ni siquiera pudo llorar la muerte de su marido, sacó fuerzas y valor para que su hijo Luis, de 12 años de edad, fuera coronado en Reims (20 de noviembre de 1226) y así gobernar hasta su mayoría de edad; ello provocó que el principio de su regencia presentara gravísimas turbulencias cortesanas.

Gran parte de la nobleza se rebeló contra ella, instigada por Inglaterra<sup>6</sup>, que la acusaron y desafiaron por su condición de **mujer, regente, joven, viuda y extranjera**, enviar dinero a España y formar una corte de castellanos y de clérigos, que educaron

<sup>3</sup> LANGLOIS, Ch.-V.: *Saint Louis, Philippe le Bel, les derniers capétiens directs (1226-1328)*, Jules Tallandier, París, 1978, pág. 4.

<sup>4</sup> Con Luis VIII (1223-1226) el Languedoc fue incorporado a la corona francesa; creó un sistema político-administrativo que regiría a Francia en las siguientes generaciones. Felipe Augusto le dejó una corona respetada, un reino en paz y un crecido tesoro de guerra.

<sup>5</sup> TOMAN, R. (ed.): *El gótico. Arquitectura. Escultura. Pintura.*, trad. J. García Pelegrín y P. de la Riestra, Könemann, Colonia, 1999, pág. 240. Dentro de París la política real se desarrollará con frecuencia, en el antiguo palacio de los reyes de Francia: el Louvre, comenzado en 1204 por Felipe Augusto, en la orilla del Sena, que defendía sus accesos occidentales. San Luis recibió a su cuñado, Enrique III de Inglaterra, en este gran complejo, situado en medio de la ciudad, en 1242, con motivo de una tregua. (O'CONNELL, D.: *Les propos de Saint Louis*, coll. Archives, éditions Gallimard-Julliard, París, 1974, n.º 1, pág. 137. TOMAN, R. (ed.): *El románico. Arquitectura. Escultura. Pintura.*, trad. Max Strempel, Könemann, Colonia, pág. 176). La familia real también vivirá en el magnífico castillo de Vincennes (Val-de-Marne), apreciado por su inexpugnabilidad, liviandad formal y cierta proliferación ornamental acorde con los principios del mundo gótico. Aparte de las dependencias militares, para cortesanos y la realeza, una gran biblioteca y otras estancias, albergó la Santa Capilla (1243-1248), mandada realizar por el santo, célebre por su bosque, estuvo flanqueada por ocho torres cuadradas, un gran patio y una espléndida sala de armas. Remodelada y ampliada por sucesivos marcos franceses (SUREDA, J.: *Historia universal del arte. La Edad Media. Románico. Gótico*. Planeta, 1985, Barcelona, pág. 258).

<sup>6</sup> Hugo de Lusignan, conde de La Marche, excitado por las ambiciones de su mujer, Isabel de Angulema; Felipe «Hurepel», conde de Bolonia, hijo bastardo de Felipe Augusto y tío de Luis IX; Raimundo VII, conde de Tolosa; Teobaldo IV de Champaña, sobrino de Blanca de Castilla, (del que las crónicas cuentan que estaba enamorado de ésta, aunque ella sentía un amor maternal hacia él); el duque de Bretaña, «Mauclerc» y el de Borgoña, Hugo (LANGLOIS, Ch.-V.: 1978, págs. 16, 19; O'CONNELL, D.: 1974 pág. 38).

a su hijo en contra de ellos, por lo que se organizó una coalición en el invierno de 1226 a 1227.

Tales impedimentos chocaron con férreas fronteras, impuestas por hombres, influyentes y poderosos, de las que la reina supo defenderse hábilmente y sacar partido, lo cual no era de extrañar, ya que experiencia vivida y contada para ejercer y defender sus funciones no le faltaba<sup>8</sup>: su padre padeció adversidades muy parecidas.

Respecto a formar una corte de extranjeros, no suponía nada nuevo respecto a su época. Las mujeres nobles y de la realeza eran desplazadas desde sus tierras de origen a otras, muy jóvenes, resultándoles difícil su adaptación, pues con sus casamientos conseguían sus familias ventajosos tratados de paz o ampliación de fronteras territoriales. Cuando ella llegó a Francia, lo hizo acompañada de damas y sirvientes castellanos; los intercambios de ideas, culturas, formas de gobierno, fueron inevitables, aunque también se rodeó de varios y reconocidos miembros del séquito de su suegro.

Su regencia (1226-1234), significó un protagonismo activo de la nueva situación que se le reconocía a la mujer en el mundo feudal<sup>9</sup>. Tras la coronación de su hijo, el conde de Bolonia la insultó y agravió en la corte por ser extranjera y estar desproveyda de amigos y de parientes; de quitarle, en suma, la gobernación del reino, a la que él se sentía llamado. Hizo por ello murmuraciones y concilios<sup>10</sup> (L.: 4), amenazas proferidas en un lugar público, dentro de los espacios interiores del castillo, posiblemente en la sala y ésta, a su vez, en la torre principal, símbolo del poder, la conquista y autoridad ejercidas, debidamente por Blanca, de forma sediciosa por los rebeldes. En este recinto lo colectivo se expansionaba y divertía, se recibían reprimendas y re-

<sup>7</sup> PETIT-DUTAILLIS, Ch.: «La monarquía feudal en Francia y en Inglaterra (siglos X-XIII)», trad. L. de Paíz, col. *Historia de la Humanidad*, n.º 61, Unión Tipográfica Hispano Americana, Méjico, 1961, pág. 244. El texto de Ledel refiere que Blanca pidió ayuda a su sobrino Fernando III, pero no pudo acudir, ya que se encontraba en plena cruzada contra los moros del Andalucía (4, [4V], 30b-31b).

<sup>8</sup> Su padre, Alfonso VIII de Castilla (1155-1214) llegó al trono con sólo 2 años de edad, en un período turbulento, difícil y confuso —empuje musulmán provocado por la invasión almohade—. Una vorágine de intrigas, conspiraciones y enfrentamientos, provocados por la importancia política de su niñez, hicieron que se disputaran su custodia dos familias, los Castro y los Lara, y que tuviera varios tutores en su educación. A los 14 años sitió ciudades y firmó tratados (*Nueva Larouse*, Plaza y Janes Editores, t. 2, Barcelona, 1979, pág. 146). Por otra parte, cuando la reina Blanca tenía 14 años (1212) sucedió la victoria de Las Navas de Tolosa, en la que los reyes Pedro II de Aragón, Sancho VII de Navarra y su padre, olvidaron sus rencillas y con ayuda de tropas leonesas, portuguesas y de los caballeros templarios, lograron una derrota importante al Islam (MITRE, E.: *La España medieval. Sociedad. Estados. Culturas*. Col. Fundamentos, n.º 63, Istmo, Madrid, 1984, págs. 159-172, 192 y 245).

<sup>9</sup> Luis IX tenía 21 años cuando su madre le entregó el gobierno, aunque siempre ejerció en él una fuerte influencia. Por otra parte, la lucha por el poder, especialmente de tíos hacia sobrinos reales, se hizo frecuente a medida que la primogenitura se convertía en norma y el hijo mayor era el heredero aceptado. (WADE LABARGE, M.: 1988, págs. 48 y 70).

compensas, por lo que tales espacios condicionaron bastante el proceder de la reina y, en general, de todas las mujeres nobles, ya que parte de su privacidad era expuesta públicamente; vigiladas muy de cerca, ello ocasionaba que la frontera entre lo público y lo privado se difuminara en ocasiones, haciéndose necesario –y difícil– reconquistar los lugares cortesanos<sup>10</sup>.

Respecto a pregonar que estaba sola en la corte, quería significar que no contaba a su favor con la parentela que caracterizaba a la aristocracia medieval; considerarla *extraña* equivalía a despojarla de lazos afectivos. Desde su *viudedad* gobernó con entereza y tenacidad y luchó contra los vínculos de sangre; su adecuada capacidad, un fino tacto y una estrategia diplomática lograron, con una inteligente política de pactos y liderazgos, aplacar la ira del conde. Sin embargo, no sólo en la corte acaecieron tales felonías; éstas se extendieron a otros castillos, torres y ciudades, situados en zonas estratégicas: Corbeil, Montlhery<sup>11</sup>, Vendôme, Etampes, etc. En esta ocasión, su astucia y rapidez salvaron al rey de ser secuestrado en el segundo lugar, pues fue advertida de ello por su sobrino Teobaldo; Luis fue escoltado durante todo el trayecto hasta París, por gentes armadas –y del pueblo– que su madre le envió. Por consejo de ésta declaró públicamente al conde de Bolonia y a sus consortes *traidores y alevosos*, ya que, además, «tomaron por fuerza dos fuertes castillos que están en la tierra albigesí llamados Sanctiagio de Buron y Belesina» (L.: 5, [5R], 12b-15b).

Blanca de Castilla volvió a erigirse en pétrea atalaya, asumiendo funciones defensivas, ofensivas y de imposición desde lugares y fortalezas notorias, limó los cimientos de la doctrina cátara, frente a la ortodoxia católica. Uno de tales consortes, Raimundo VII, importante jefe del catarismo, cercó la villa de Castel Sarracín, echando a los franceses, lo que fue considerado por Blanca un atrevimiento; éste, «por la industria de una muger abía sido vencido, abiendo sido invencible» (L.: 3, [4R], 23b-24b). El sometimiento del barón significó la anexión del condado de Tolosa a la corona y la merma de una complicada e inaccesible red castral<sup>12</sup>, donde los defensores del catarismo se cobijaron, planearon sus estrategias de guerra y practicaron sus ritos, creando leyendas

<sup>10</sup> Para tal efecto véanse los volúmenes 3 y 4, dirigidos por Ph. ARIÈS y G. DUBY: *Historia de la vida privada*, trad. F. Peláez Gutiérrez, Taurus, Madrid, 1991.

<sup>11</sup> El Castillo de Montlhery estaba situado en el corazón de Francia y en tierra de paz: «auquel li roys devoit savoir meilleur gré en la fin de sa guerre» (J.: 48, 8).

<sup>12</sup> La comarca de Albi fue el principal centro de actuación de la comunidad cátara o pura; que se desarrolló, sobre todo, en la Francia meridional y la alta Cataluña (siglos XII y XIII). Sus castillos, en el Mediodía francés, estaban enclavados sobre las rocas, como nidos de águilas: Montségur (Arriège), Peyrepertuse (Ause), Quéribus (Aude) y Puivert (Aude), aún hoy bien conservados. Cuando Gregorio IX arremetió contra sus moradores, éstos se replegaron en tales fortalezas (TOMAN, R. (ed): 1.999, págs. 116-117). Estaban muy bien equipadas, como correspondía a la mayoría de los castillos fronterizos, que lejos de ser una ayuda para la monarquía francesa, suponían un grave obstáculo para la ampliación de sus fronteras territoriales.

en las que todo giraba en relación a la lucha entre el bien y el mal, con sus terribles mitos e imágenes. En este caso, las fortalezas militares representaron la caída de un poder, la derrota de unos ideales, ante una férrea mujer que se constituyó en un Estado, en un cuerpo dentro del propio Estado, escapando así al control de los hombres.

Mediante el Tratado de París, 1229, al rey se le dieron las tierras que formaban las senescalías de Beaucaire-Nîmes y de Carcasona-Béziers; el conde extirparía tales herejías en sus dominios y cedería el marquesado de Provenza a la Iglesia, conservando para sí el Toulosain, el Agenais, Rouergue, Quercy y el norte del Albigeois<sup>13</sup>.

La reina castellana tuvo que hacer frente al violento duque de Bretaña, que solicitó ayuda del rey inglés, decidiendo ambos atacar a aquél, que esta vez no esperó y se anticipó al combate, antes que otros se fortificasen, en invierno, en la villa de Angiers (L.: cap. 11). Blanca mando construir el castillo de la citada ciudad (Maine-et-Loire), para acontecimientos como éste y así poder defender el poder real frente a las ambiciones de barones rebeldes. Movilizó a su ejército en 1229 para impedir que «Mauclerc» consiguiera ayuda; cercó la fortaleza de Bellême, hizo cortar árboles y destruir casas para que sus soldados se calentaran en hogueras<sup>14</sup>. Finalmente, el duque capituló en París, en noviembre de 1234, ya que Enrique III, falto de la gran visión política y las dotes militares de su tía, no le envió suficiente gente al condado<sup>15</sup>.

Respecto a sus relaciones con Margarita de Provenza, elegida por ella para ser la esposa de su hijo Luis, estuvieron marcadas por la política y el fuerte carácter de ambas. El enlace tuvo lugar en 1234<sup>16</sup>, con dispensa papal. La historia afirma que fue durísima con ella misma y su nuera, de la que sentía grandes celos; sus fuertes arrebatos de ira contrastaban con la familiaridad y el apasionamiento de la reina que tenía nombre de flor y con quien llegó la alegría a la corte francesa tras la muerte de Luis VIII.

Vigilaba estrechamente sus relaciones, por lo que la pareja disfrutaba mucho en el palacio real de Pontoise. Sus encuentros tenían lugar en unas escaleras que comu-

---

<sup>13</sup> El conde volvió a rebelarse, pero al fracasar su organización se humilló ante la soberana francesa, pidiéndole ayuda mediante una tregua -Lorris, 1243-, que respetaba el tratado de 1229 (Langlois, Ch.-V.: 1978, pág. 60; PETIT DUTAILLIS, D.: 1961, pág. 206 y 236; LAGGER, L. de: «L'Albigeois au siècle de Saint Louis. Les évêques Durand de Beaucaire et Bernard de Combret, 1.228-1.271», en R.H.F., t.52 (1.957), págs. 26-50).

<sup>14</sup> *El Gótico...*, 1999, pág. 55; WADE LABARGE, M.: 1.988, pág. 80.

<sup>15</sup> LANGLOIS, Ch.-V.: 1.978, págs. 14 y 18; BALDEÓN BARUQUE, J.: *Historia general de la Edad Media (siglos XIX al XV)*, col. Manuales Universitarios de Historia, Maife, Madrid, 1983, págs. 120-123.

<sup>16</sup> Margarita tenía tres hermanas: Leonor, casada con el rey Enrique III de Inglaterra; Sancha, con Ricardo de Conualles y Beatriz con Carlos de Anjou. Después de morir el padre, nombró en su testamento heredera del condado a la última, lo que provocó una serie de afectos y rencores familiares de importantes repercusiones políticas (WADE LABARGE, M.: 1988, pág. 83).

nicaban sus respectivas habitaciones y eran avisados cuando la reina estaba a punto de llegar: «Les hostiex la ou il plesoit mieux a demourer, c'est a Pontoise entre le roy et la royne, pource que la chambre le roy estoit desus et la chambre la royne dessous» (J.: 606, 4-7). «Il tenoient leur parlement en une viz qui descendoit de l'une chambre en l'autre» (J.: 607, 2-3).

En estos pasajes se advierte que la separación física de los esposos podría conllevar –como mostró la historia– un distanciamiento moral y cómo la reina madre utilizó, en su beneficio, las estructuras arquitectónicas que tal palacio ofrecía. Quería evitar, a toda costa, un acercamiento existencial entre el matrimonio; privar a su nuera de autonomía, recursos y una serie de principios, en torno a los cuales fue educada en las cortes provenzales. Entre ambas más bien existía una soterrada guerra dentro de unas relaciones que, supuestamente, debían ser de convivencia y parentesco. Que Blanca la controlara tan de cerca (era aquélla pro-Inglaterra y anti-Anjou), que velara siempre por su honra, podría manifestar un férreo deseo por no ver mancillada su casa.

La siguiente cita muestra cómo tras haber dado a luz Margarita, y encontrarse debilitada, llegó su suegra y tomó de la mano a Luis, que se encontraba recostado junto a su esposa: «helas; vous ne me laisés veoir monseigneur ne morte ne vive. Et lors elle se pasma, et cuida l'en qu'elle feust morte et le roi, qui cuida qu'elle se mourut retourna, et a grand peinne la remist l'en a point» (J.: 608, 6-10).

No le importó romper los momentos más íntimos de los esposos, no respetó el lecho entendido como el verdadero domicilio conyugal, único lugar donde se expresa lo más secreto e íntimo, donde se podía escapar de las miradas del otro, el dolor se expresaba, al igual que el aislamiento y la protección, en términos generales.

Esta desconfianza y frialdad, que en ocasiones mostraba la reina Blanca hacia su familia, llegó a infundírselas a su propio hijo. Joinville, durante la cruzada, echó en cara al rey tratar a su mujer e hijos como a extraños; relata que cuando Margarita llegó a Sayeta, procedente de Jaffa, su marido la llevó hasta el castillo y en la capilla del mismo éste le preguntó al senescal por ella y sus vástagos, tras cinco años, sin apenas hacerlo: «que encore ne m'avoit –il parlé de la royne ne de ses enfans, que je oïsse, ne a autrui. Et ce n'estoit pas bonne maniere, si comme il me semble, de estre estrange de sa femme et des enfans» (J.: 594, 7-10).

Incluso, cuando el rey santo fue a Túnez, no confió el reino a su esposa, sino a dos consejeros, tal vez porque ambos no coincidieron respecto a sus ambiciones políticas y el interés de la corona. Esta actitud contrasta sobremanera con la confianza otorgada a su madre, a la que confió en dos ocasiones la regencia.

Margarita de Provenza siguió la costumbre de la época al marchar con su marido a la cruzada, aunque éste se opuso en un principio, y quiso que permaneciera en París, junto a su madre. Lo acompañaron sus hermanos y sus respectivas esposas. La

pareja real dejó al cuidado de Blanca a sus hijos, aún pequeños (Isabel, Luis y Felipe)<sup>17</sup>. La reina madre los acompañó hasta Marsella y allí se despidió de ellos (L.: 17, [13R]).

La escuadra real partió el 25 de agosto de 1248 del puerto de la ciudad de Aigües-Mortes, en cuyo centro se encontraba la torre de la Constanza<sup>18</sup>. Atrás quedaba un paisaje pacificado<sup>19</sup>, envuelto en torres, castillos y demás fortalezas.

Una vez atravesada la barrera marítima, la representación franca de cruzados se encontró con otras fronteras, expuestas a diversos peligros, sorpresas e incertidumbres. Tendrían que defender y reforzar las edificaciones fronterizas que separaban el Islam y la Cristiandad, pues fueron previstas para asumir varias funciones: de mantenimiento de lo conquistado, defensivo-ofensivas, etc., que se conjugaban con las vitales.

Llegaron al reino cristiano de Chipre el 17 de septiembre de 1248. Se encontraron con una sociedad franca muy asentada por entonces y que siguió teniendo en esencia una orientación urbana; «para implantar el dominio occidental era imprescindible organizar el territorio con un sistema administrativo-colonizador, a este respecto la consolidación territorial fue a menudo de la mano con las necesidades defensivas. El rey, sobre todo, pero también funcionarios de su casa, construyeron castillos con una finalidad propiamente defensiva y ofensiva, particularmente en el suroeste, en torno a Ascalón, y en el sudeste, en las cercanías del Mar Muerto»<sup>20</sup>.

De ello tenemos constancia en *La gran conquista de Ultramar*, en numerosos capítulos se da cuenta del gran número de atalayas, castillos y fortalezas, en general, que estos territorios ofrecían (Sayeta, Cesarea, Asur, Beirut, Jaffa, Acre, etc.)<sup>21</sup>.

---

<sup>17</sup> PÉREZ, R.: *La mujer en tiempos de las Cruzadas*, trad. T. García Sanz, ed. Complutense, Madrid, 2000, pág. 201. Debió tener gran fortaleza física, ya que engendró a once hijos, tres de ellos durante los seis años que permaneció en Oriente (WADE LABARGE, M.: 1988, pág. 86).

<sup>18</sup> CORNIDE DE SAAVEDRA (MDCCXCIV) advierte en nota 83, pág. 268 que esta ciudad fue construida en tiempo de San Luis para que su reino tuviera salida hacia el Mediterráneo, ya que Provenza y el Languedoc pertenecían a señores particulares. Amuralló la ciudad con el objetivo de que fuese habitada y apartada de la piratería. Igualmente, aclara que en su época, siglo XVIII, no entraban navíos, pues el agua se retiró a más de media legua.

<sup>19</sup> JOINVILLE se embarcó en el puerto o peña de Marsella, procedente de Champaña, relata que atravesando el Ródano dejó atrás un castillo denominado de la Roca de Gluy, que el rey mandó asolar porque su señor, un tal Rogier, de mala vida, estafaba a mercaderes y romeros: (L.: 18, [13V], 28a-38).

<sup>20</sup> EBERHARD MAYER, H.: *Historia de las Cruzadas*, trad. J. Espino Nuño, Istmo, col. Fundamentos, 197, Madrid, 2001, pág. 210. Esta situación dominaba ya en el siglo XII, donde la corona tenía cuatro grandes feudos: el condado de Jaffa-Ascalón, el principado de Galilea, el señorío de Sidón y Cesarea, y el de Transjordania con San Abraham (pág. 217).

<sup>21</sup> Desde el capítulo CCCXX al CDXXXVII se enumeran y detallan varias fortalezas, así como algunos de los peligros que encerraban. El libro consultado, el cuarto: GALLAJOS, P. de (col.): *La gran conquista de Ultramar*, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, Madrid, 1951.



El rey francés decidió pasar el invierno en Chipre, a la espera de refuerzos. Para el 5 de junio de 1249, los cruzados que partieron de este lugar a finales de marzo, echaban ancla ante la fronteriza ciudad egipcia de Damietta; se pensó conquistar Jerusalén por Egipto y la entrada a éste se encontraba por aquélla, cuya toma fue muy rápida por parte de los soldados cristianos (L.: capítulos 21, 29 y 31), que no encontraron obstáculos: las puertas estaban abiertas, pues sus habitantes se mostraban confusos, y el general egipcio Fakredin, al sentirse poco seguro en ella, huyó y la abandonó a su suerte; hicieron igual los otros jefes y los últimos incendiaron algunos edificios. Las llamas se alzaron sobre los muros. Los cristianos, junto a las damas, entraron con júbilo en la ciudad, cantando y en procesión, contemplado sus elevadas murallas, numerosas torres y fortificaciones, que debían posteriormente custodiar centenares de caballeros, una vez reparadas, ya que la reina permanecería en ella cinco meses. El rey no permitió que el ejército permaneciera dentro y alzaron tiendas y pabellones a las dos orillas del río Nilo y la isla de Maale, para evitar el riesgo que suponían los soldados dentro de una población.

El 20 de noviembre de 1249, el ejército francés, acaudillado por san Luis, siguió la orilla este del Nilo en dirección a El Cairo. En la fortaleza de Damietta quedaron la reina, muy alterada en los últimos meses de su embarazo, las condesas de Artois, de Anjou y de Poitiers, así como una guarnición a las órdenes de Olivero de Thermes. Las noticias de todo lo que ocurría llegaban de inmediato a las mujeres congregadas en Damietta, ya que este castillo del delta contaba con suficientes recursos y recibía suministros de los barcos de los mercaderes italianos. En medio del río se había construido una torre, en la que terminaba una cadena que obstruía el paso del río a tales naves, protegía la entrada de la ciudad y recibía sus riquezas de Siria y Asia Menor.

A través de esta barrera fluvial la reina recibió la fatídica noticia de la captura de su esposo (batalla de Mansourah) y de su capitulación, el 6 de abril de 1250<sup>22</sup>, ya que el envío de naves se hizo imposible después del combate de 16 de marzo. Estaba de parto cuando supo de su cautiverio; la población se llenó de consternación y desesperación, gracias a su fuerza y valor pudo ser conservada, ya que el rey se vio obligado a hacer una tregua con el sultán del Cairo y cambiarla por su persona. Ella pensó que ésta era la única moneda para obtener el regreso de los prisioneros y de su marido.

El mismo día que vino al mundo Juan Tristán (1250-1270) las escuadras genovesas, pisanas y otros muchos cruzados de las ciudades marítimas de Europa, querían abandonar la ciudad. Poco importaba, en general, a todos estos mercaderes la vida del rey y la cruzada en sí, pues se embarcaron por interés económico y no se enternecieron y quedaron en ella hasta que Margarita les aseguró que su abastecimiento correría por cuenta de la corona francesa. En esta ocasión gozó de autonomía y libertad para des-

---

<sup>22</sup> PERNOD, R.: 2000, pág. 205; EBERHARD MAYER, H.: 2001, pág. 350.

plegar una actividad en función de los recursos de que disponía para la causa de su esposo, enmarcándose en un lugar público, desde su dolor, y participando en la política, cuando la sociedad excluía a las mujeres de todo y las recluía a espacios domésticos. Logró equipararse a la dignidad de su esposo y, en muchos aspectos, a la de su suegra –con la que maduró y aprendió–; supo conservar la ciudad, su guarnición y sus defensores, imponiéndose a sus enemigos islámicos con su valentía y presencia. El activo y rápido protagonismo que realizó fue decisivo para mantener la frontera entre el Islam y el Cristianismo; en sus manos estaba mantener el honor o la vergüenza de regresar a su linaje de origen, pero también decidir entre la vida o la muerte. Tomó la decisión de convocar en su cámara, ante su lecho, aún muy débil, al día siguiente del parto, a los patrones principales de las embarcaciones, que sollozando, les dijo:

«señores, por reverencia de Dios os suplico que no desamparéis la villa, porque si tal hazéis, sin duda ninguna se perderá el Rey con toda su gente. Al contrario, si procuráis de defender[la] y guardarla, como sois obligados, nuestros enemigos, con menos dificultad, determinarán la paz que ya han comenzado a tratar. Y si por caso la necesidad en la que el Rey, mi señor, al presente está, no os moviere a ello, muévaos el lastimero estado en el qual véis metida aquella desdichada y captiva muger, que en esta cama está hechada, y siquiera esperad que della esté levantada» (L:51, [41V], 3a-20a)<sup>23</sup>.

El rey, antes de su liberación y la de sus hombres, la negoció con el soldán, advirtiéndole que si pedía una suma razonable, escribiría a su esposa. Los sarracenos se quedaron admirados de tales palabras y le dijeron que si por fuerza ello debía ser así, a lo que les respondió que sí, «por ser ella todo su bien y cara compañía» (L.: 42 [36R], 26b-28b)<sup>24</sup>. Pero aquél quería oír del monarca que se comprometiera personalmente<sup>25</sup>.

R. Pernoud aclara que un historiador de la reina Margarita, que escribió en el siglo XX, pensó en un primer momento que tal actuación iba encaminada a ganar tiempo, pero más adelante afirma que se comportó como un auténtico jefe de estado, ya que tomó decisiones que no estaban previstas, aunque no se tengan pruebas fehacientes.

<sup>23</sup> Cuando recibió la noticia de la captura de su esposo, encerrada en su cámara, casi pierde la razón, creyendo ver en su aposento a sarracenos, que venían a matarla. Se hacía velar de noche por un viejo caballero, haciendo salir a todos de su privadísima estancia; le decía, arrodillada, que si los turcos tomaban la ciudad, le cortase la cabeza. A los tres días nació su hijo (L:51, [41R]).

<sup>24</sup> Cuando se refiere a su esposa utiliza un lenguaje revestido de ciertas notas del amor cortés: «madame» (J.: 436, 5-6, 601, 1); no para su madre: «madame la royne ma mere» (J.: 419, 3-4).

<sup>25</sup> PERNOUT, R.: 2000, pág. 207; WADE LABARGE, M.: 1988, pág. 86. La reina castellana cuando tuvo noticias de la captura de san Luis y de la muerte de su hijo menor, Roberto de Artois, lamentó mucho sus pérdidas y trabajó bastante para reunir la suma necesaria del rescate, solicitó donativos al Papa, al clero francés, a los barones y a las ciudades. Por otra parte, según algunos autores, la decisión tomada por Margarita no gustó mucho al rey, quien sólo permitió la influencia política de su madre (Ídem).

cientes de que la reina hubiera sido investida de un auténtico poder cuando el ejército real partió de Damietta; ella actuó como si en realidad lo tuviera<sup>26</sup>.

Margarita embarcaría el 6 de mayo de 1250 de Damietta hacia San Juan de Acre (Siria), donde se encontraría con su débil y enfermo esposo; allí fue recibido con alegría y alborozo por toda la ciudad, las damas y doncellas acudieron con sus mejores atavíos. De la iglesia fue conducido al palacio, donde lo esperaba su esposa. Allí permanecieron hasta marzo de 1251, que fue levantado un trozo de la muralla, desde la puerta de San Antonio, hasta San Lázaro<sup>27</sup>. En esta ciudad san Luis recibió cartas de su madre, suplicándole su regreso a Francia; se encontraba sin ánimos para gobernar el país, continuamente amenazado por Enrique III de Inglaterra. Pero al santo lo reclamaban las ciudades de Siria y Palestina, prisioneros por rescatar, etc. Reunido con los dirigentes de la cruzada, en su palacio-castillo, decidió permanecer en estas tierras, alegando que «pues la reina, mi señora y madre, en cuya gobernación queda mi reino está buena y le gobierna con toda la paz y quietud del mundo, con el favor de Dios y de los principales y discretos barones que con ella quedaron, cuyo valor es suficiente para proveer a cualquier inconveniente que pueda suceder en él, como si yo mismo estuviese en persona» (L.: 52 [43V] 43a-10b).

Así fue, la reina madre venció con firmeza los obstáculos que se le presentaron, aunque regresaron a Francia los condes de Anjou y de Poitiers, que la apoyaron.

Posteriormente vendrían las reconstrucciones de Cesarea, Jaffa, Sayeta y Caifás, (1251-1252); tierras éstas rodeadas de ásperos y duros paisajes, donde los castillos estaban situados en lugares peligrosos para vivir en ellos y ser defendidos.

En Jaffa (actual Haifa, litoral sirio-palestino) la reina pudo ver cómo se levantó una sólida muralla flanqueada por 24 torres y defendida por un foso doble, en la que se gastó bastante dinero (L.: 68). El castillo fue utilizado como residencia familiar y de su gente más allegada (L.: 61, [41V], 19a-24a). A él fueron enviadas las cabezas de los cristianos, que pendían colgadas de las murallas de los castillos del Cairo; así como los hijos de los cristianos que renegaron de su fe (L.: 61, [49V], 29a-40a)<sup>28</sup>.

En la torre del homenaje del castillo, en su patio, fueron vividos momentos emotivos y de refinamiento, ya que el príncipe de Antioquía fue armado caballero por el rey francés, cuando tenía 16 años de edad, huyendo de su impopular madre, que

<sup>26</sup> PERNOD, R.: 2000, págs. 208-209, y nota 21 de pág. 209. El autor citado por la autora: SIBERY, G.: *Marguerite de Provence*, Fayard, 1087, págs. 99-100.

<sup>27</sup> Ídem, pág. 209.

<sup>28</sup> El de Tala, en el camino de Jaffa a Jerusalén, no pudo ser socorrido por los cristianos (67, [52R], 15b-27b); el de Subberto, situado encima de una montaña (69, [53V], 4a-10a). Estos castillos, muy antiguos, estaban lejos del mar y no podían recibir ningún tipo de ayuda ni avituallamiento (J.: 552, 8-10; 553, 1-4).

lo tenía muy amarrado en su regencia y fue presentada por su propio hijo como mala administradora de sus tierras y de su ciudad, a la que tenía arruinada y perdida (L.: 62, [50R]). Tal advertencia fue hecha por el joven al rey en un lugar privado del castillo.

En Sayeta (antigua Sidón, Siria) la familia real se alojó en un castillo «qui est moult fort et enclose es de la mer en touz senz» (J.: 551, 8-9). Lo fortificaron y amurallaron la ciudad, pues los turcos la saquearon y mataron a más de 2.000 cristianos (L.: 67). En la sala principal de tal fortaleza, la reina recibió unos camelotes de manos de Joinville, que el rey le encargó le trajera del viaje que realizó al Santuario de Nuestra Señora de Tortosa, ya que sabía que le gustaba el lujo y la ostentación.

San Luis recibió la noticia de la muerte de su madre en la capilla<sup>29</sup>, permaneció dos días recluso en su cámara, sin hablar ni ser visto, para demostrar el dolor que sentía hacia tal pérdida, «también la reina hizo un gran llanto por su suegra, porque aunque en vida no abía estado bien con ella, en la muerte, forçada por las grandes virtudes de su suegra, y por el amor de su marido, mostró aquel sentimiento» (72, [54V], 30b-35b)<sup>30</sup>.

Este acontecimiento creaba una situación difícil para el rey, que zarpó el 25 de abril de 1254, desde el puerto de San Juan de Acre con su familia y el legado del Papa. Divisaron la costa provenzal y el castillo de Hyères (Var) el 10 de julio de 1254, que tanto recordaban a la soberana su infancia. El monarca no quiso desembarcar en este puerto, Joinville lo convenció, tras rogativas de la reina. Permanecieron en la fortaleza algunas semanas, que fueron, sobre todo, de encuentro familiar y de celebración, ya que Margarita hacía 20 años que no veía a su hermana Leonor. El sentimiento familiar ganó partida a las reivindicaciones territoriales y a las rencillas familiares, la reina influyó para que la paz entre Francia e Inglaterra fuera concluida. Allí conoció el rey Luis a un franciscano que le cambiaría profundamente su vida, hasta el punto de pedir permiso a su esposa para pronunciar los votos religiosos; después de una reflexión le recordó ésta su misión: qué sería de su reino, de ella y sus hijos, sin su apoyo y su presencia, tan necesarios en su educación.

---

<sup>29</sup> Murió en 1252 en la abadía cisterciense de Maubison (WADE LABARGE, M.: 1988, pág. 321).

<sup>30</sup> El rey mandó a las Iglesias de Francia una acémila cargada de ricas joyas y preciosas piedras, así como dinero, para que rogasen por el alma de su madre (L.: 72). En Tierra Santa se hicieron muchas procesiones y plegarias por tal motivo (L.: 73, [55R]).